

Y ¡qué olvidado está hoy el rubor (*verecundia*) y la honestidad, jóvenes cristianos! ¡Qué despreciadas la castidad y el pudor! ¡Qué llorosas se esconden la continencia, la humildad y la mansedumbre! Y ¿quién echa de ver entre los cristianos el acertado orden en lo que se ha de hacer u omitir, y el esplendor u ornato de las almas temperantes y la plácida austeridad de los espíritus exánimes? Y a la vista del lujo que azota despiadado a la pobreza ¿quién parará mientes en el espíritu parco de los cristianos, contentos con lo preciso? Y ¿quién, en fin, ante los esquisitos regalos del gusto y los encantos efímeros de los pasatiempos mal sanos y por lo general, inmorales siente la moderación debida y la guarda?

Jobenes, ancianos, superiores de cualquiera estado o clase que seáis, medid bien lo que hacéis para que equilibrada siempre vuestra razón sea en los unos el freno de las pasiones desenfrenadas, en las otras la fuerza que supla la falta de vigor intelectual para oponerse a las violencias de la concupiscencia deleitable; ancianos padres todos del pueblo de Dios, la sobriedad se nos impone, para evitar toda perturbación mental que nos impida, enseñar, gobernar y dirigir al pueblo cristiano por los senderos del bien, y a nosotros en especial los sacerdotes que debemos tener nuestra mente en disposición de señorearse todos los deleites terrenos gozándole sólo en las altas regiones espirituales a donde se sube por la pedregosa cumbre del Calvario, región de las almas castas, de las almas puras, que se apoyan y defienden con el nudoso leño de la santa sobriedad.

2.—De como debemos practicar la Justicia.

¿Quién no siente estremecerse su alma y temblar sus labios al hablar de justicia en nuestros días? «Dar a cada uno lo que es suyo», dicen que es justicia, y esta virtud se practica principalmente, enseña el Angélico, en las voluntarias conmutaciones de las cosas, esto es, en la compra y en la venta, y siendo así ¿no es el mundo todo el que está escandalizado por las fortunas improvisadas o exageradamente acrecidas? ¿Habrá frase que acuse mayor fraude que la de: *impuesto de guerra*? ¿A quien que sepa de usuras, y monopolios no espantará la conciencia de aquellos bancos que llegan a pagar hasta el 20 por ciento de interés a sus accionistas cuenta correntistas? Y ¿quién podrá oír, sin sentir pena, que los mismos géneros, telas o comestibles se vendan hoy a tal precio remunerador en exceso y mañana, porque sopla favorable el aura acariciadora de mayor lucro, se vendan más caros? Y más todavía, Exmo. Sr., hermanos míos, cómo puede ser aprobado por el Dios de la justicia, que hoy mismo se mantengan los precios altos, que perjudican a la sociedad toda y en especial a los pobres, porque unos cuantos acaparadores compraron codiciosos para vender avaros? ¿Y las fábricas que reparten dividendos sobrepasando hasta el 30 por ciento se podrán contar en el número de los centros que aplican el sindicalismo con la soberrana equidad de la justicia cristiana?

Yo quisiera llorar sobre mi patria porque, al fin y a la postre, se dejó arrastrar por el mercantilismo y el capitalismo creado por las naciones protestantes, y quisiera llorar sobre las libretas de las cuentas corrientes que se engrosaron por tales medios, tanto más reprobables cuanto más comunes y al parecer más justificados por cierto ambiente favorecedor de tales injusticias. «¡Ay de vosotros los ricos, porque tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros los que estáis hartos, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros fariseos, que diezmáis la yerba buena, y la ruda, y toda hortaliza, y traspasáis la justicia y el amor de Dios! En verdad os digo que con dificultad entrará un rico en el reino de los cielos», oigo que clama el divino Maestro.

¡Ah, mis amados hermanos, no permitamos que halla a nuestro lado ancianos sin sostén, niños sin amparo, enfermos sin descanso, encarcelados sin consuelo; no olvidéis que el primer mandamiento de la ley de gracia es amar a Dios sobre todas las cosas y el segundo en todo semejante a éste, amar al prójimo como a nosotros mismos.

Hoy, Exmo. Sr., hoy nos recuerda nuestra Santa Madre la Iglesia que a los ocho días de nacido empezó nuestro divino Salvador y Maestro a dar su sangre por nosotros, empecemos a dar nosotros también de todo lo que nos sobre.

¡Reyes del acero, del hierro, del algodón, de la banca, del petróleo, de las codicias, temed la justicia del Dios que a sí mismo se ha llamado caridad!